

Nadie os quita vuestro gozo

Juan 16:22

Philippe LAÜGT

biblicom.org

Índice

1 - El gozo del recién convertido	3
2 - El gozo del creyente, gozo completo	4
3 - El gozo perdido y el gozo vuelto a encontrar	4
4 - Para que el gozo permanezca	6
5 - El gozo incluso en circunstancias dolorosas	7
6 - Para evitar la disminución del gozo	7
7 - El gozo comunicado	9

1 - El gozo del recién convertido

Dios ordena de repente a Felipe, un siervo obediente, sin darle ninguna explicación, que vaya por un *camino desierto*, que va de Jerusalén a Gaza. Sabía que un eunuco, poderoso en la corte de Candace, la reina de los etíopes, pasaba por allí en su carro (Hec. 8:27-28). Dios también sabía que este hombre estaba decepcionado en sus expectativas. Habiendo venido de lejos, no encontró en Jerusalén, uno de los grandes centros religiosos de su tiempo, nada que satisficiera las *profundas necesidades* de su alma. *Era imposible*, puesto que el pueblo de Israel *había rechazado* al Hijo de Dios, el Señor de la gloria (1 Cor. 2:8).

Aquel hombre no perdía el tiempo, estaba *absorto* en la lectura del profeta Isaías, y *acababa de llegar* a la parte del libro que describe, de manera sorprendente, los sufrimientos y la muerte del Señor Jesús (Is. 53:7-8). Entonces, «el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro» (Hec. 8:29). El evangelista se acerca y oye al eunuco que lee en voz alta. Felipe le preguntó pregunta: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». El eunuco, con sencillez, confiesa su ignorancia: ¿Cómo podría, a no ser que alguien me guíe?» (Hec. 8:30-31). «¡Oh Jehová! Muy profundos son tus pensamientos» (Sal. 92:5). Invita al evangelista a subir a su carro y sentarse con él. Entonces, «Felipe... comenzando desde esta Escritura, le predica la buena nueva de Jesús». El etíope escucha con avidez la enseñanza de la Palabra de Dios: el Espíritu Santo se dirige a su conciencia y a su corazón (Juan 16:8). Acepta por la fe la buena nueva de la salvación en Cristo y se convierte en un recién nacido en la familia de Dios. Pide ser bautizado (Hec. 8:36-38).

¿Cuál es el sentimiento que *invade su corazón* al comienzo de su itinerario cristiano? *Un gozo profundo y santo*, desconocido hasta entonces. Todo en su camino brillaba, Jesús guiaba sus pasos y su mirada se dirigía ahora hacia las cosas de arriba. El *instrumento* de que Dios se había servido para su conversión fue *arrebatado* por el Espíritu, y fue a continuar su servicio en *otro lugar* (Hec. 8:40). Pero la repentina e inesperada desaparición del que le había enseñado no preocupó a este hombre. De ahora en adelante, se apoyaba *solo* en Cristo, y eso era *suficiente*. El joven converso apenas parece haberse dado cuenta de que el siervo de Dios ya no está a su lado. Simplemente dice que continuó gozoso su camino, para convertirse, nos gusta pensar, en un agente de la gracia que a su vez habrá difundido el Evangelio en su lejano país (Hec. 8:39).

2 - El gozo del creyente, gozo completo

La conversión no está ligada a la observancia de ciertas formas religiosas, al contacto con determinadas personas o a circunstancias particularmente favorables. Es siempre una obra misteriosa de la maravillosa gracia de Dios (1 Tim. 1:16).

Salvado, el recién convertido se regocija en el Señor. Puede exclamar, haciendo suyas las palabras del cántico:

*Conozco este gozo excelente
Que tu Espíritu, Jesús, pone en un corazón.
Soy feliz, sí, mi alma está contenta,
Porque sé que en Ti tengo a mi Salvador.*

Himnos y Cánticos, n° 86, 1, en francés

El creyente experimenta un gozo inalterable, independiente de las circunstancias. La Palabra menciona este gozo inmediatamente después del amor, como uno de los exquisitos granos de fruto producidos por el Espíritu Santo en una persona redimida (Gál. 5:22). En adelante, para el que está en Cristo, «todas las cosas han sido hechas nuevas» (2 Cor. 5:17). Su gozo está *vinculado* a la vida recibida del Señor para la eternidad, de él que ha *triunfado* sobre la muerte.

Este gozo llenó a los discípulos cuando vieron al Señor después de su resurrección (véase Juan 16:22). Y desde su ascensión a la gloria, el creyente se regocija contemplándolo por la fe, esperando su venida. Aunque la higuera ya no florezca, aunque no haya productos en la viña, el redimido puede gritar: «Con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación» (Hab. 3:17-18).

Antes de ir a la cruz, el Señor exhortó a los suyos a permanecer en su amor y guardar sus mandamientos (Juan 15:10). Nada pudo interrumpir jamás su comunión de Hijo obediente con su Padre a lo largo de su ministerio en la tierra. Incluso en la hora de su sacrificio, su gozo fue completo.

3 - El gozo perdido y el gozo vuelto a encontrar

Para experimentar la misma comunión feliz con el Señor, los redimidos deben permanecer en el camino de la obediencia a su voluntad. «Estas cosas os he dicho para

que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea completo» (Juan 15:11).

De lo contrario, seremos cristianos *débiles* y *enfermos*. Cuando el Señor se reúne con los 2 discípulos que se alejaban del lugar de la bendición, ¿cuál es su primera pregunta? «¿De qué estáis hablando entre vosotros cuando camináis, para que estéis tan tristes?» (Lucas 24:17). Sin embargo, estaban preocupados por él: su muerte los dejó desconsolados. Pensaban que todas sus esperanzas se habían desvanecido (Lucas 24:21). Una profunda melancolía había invadido sus corazones. Habían olvidado todo lo que habían dicho los profetas. Como consecuencia, se habían vuelto «sin inteligencia y tardos de corazón para creer» (Lucas 24:25-27).

Acababan de salir del círculo de los discípulos, sin dar verdadera importancia a las palabras de las mujeres. Estas habían ido al sepulcro por la mañana temprano y habían vuelto para decir a los discípulos que el cuerpo de Jesús ya no estaba allí: ¡el sepulcro estaba vacío! También les habían hablado de una visión de ángeles, ¡que les habían dicho que estaba vivo! (Lucas 24:22-23). Pero este importante testimonio no había hecho más que «asombrar» a los discípulos y no les había disuadido de ponerse en camino hacia Emaús.

Entonces, con qué *paciencia* y *amor*, el Señor, a *quien no reconocían*, les explica en *todas las Escrituras* las cosas que le concernían. De este modo hace arder sus corazones, ocupándolos tanto de su adorable Persona como de su obra. Debemos *admitir* que a menudo hemos tenido la triste experiencia de que, sin Jesús, nuestro cielo se vela, de que todo se oscurece de repente en nuestro camino. No puede haber verdadero gozo para los redimidos si no gozan de Aquel a quien la Palabra presenta en el esplendor de todo su Ser.

Impresionados por todas estas revelaciones, los 2 discípulos le apremian diciendo: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se va acabando». Con qué gozo en el corazón, Jesús entra en su casa y se da a conocer a ellos, en la mesa, en el partimiento del pan. Luego se hace invisible, pero ellos, «levantándose al instante», se apresuran a volver a Jerusalén. Allí, llenos de gran gozo, en medio de sus discípulos, volverán a verlo y lo adorarán. Le oirán decir a todos los suyos: «¡Paz a vosotros!» (Lucas 24:32-33, 36).

4 - Para que el gozo permanezca

El apóstol Pablo animó a los jóvenes creyentes de Tesalónica, que estaban pasando por pruebas a causa de la fidelidad de su testimonio: «Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque tal es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros» (1 Tes. 5:16-18). Existe un vínculo más estrecho entre estos 3 aspectos de nuestra vida cristiana de lo que generalmente pensamos. “La alegría crece siempre en proporción a la oración y a la acción de gracias” (JND).

Tal vez pensemos así, pero ¿cómo se atreve el apóstol a decir: siempre? ¿Se puede ordenar el gozo? ¿Podemos elegir tener tal o cual sentimiento? Por supuesto que no. Pero el apóstol recuerda a cada uno de los redimidos que están eternamente unidos a Cristo, que es la fuente inagotable de nuestro gozo. ¡Permanezcamos cerca de esta Fuente, es la única que no engaña, con el profeta, haremos la bendita experiencia! (Jer. 15:18). Amados, para que nuestro gozo permanezca, debemos beber constantemente de estas aguas vivas (Juan 4:14). Nunca debemos apartarnos de él (Cant. 5:1-2; Hebr. 2:1). No busquemos saciar nuestra sed en otra parte. Todo lo que encontramos en este mundo son cisternas rotas que no pueden retener el agua (Jer. 2:13).

Salomón, que podía tener todo lo que un hombre pudiera desear, tuvo esta experiencia. Trató de *probar su corazón con el gozo*. Se entregó desenfrenadamente a todos los «placeres vanos de este mundo infiel» (Ecl. 2:1-3). También aquí, debe concluir: «He aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol» (Ecl. 2:10-12). «Aun en la risa tendrá dolor el corazón; y el término de la alegría es congoja» (Prov. 14:13). Y así es «debajo del sol».

“Pero Cristo es mi gozo, y en el camino de su voluntad encuentro el gozo de su amor. En él encuentro una fuente de gozo profundo e inefable. Él mismo es mi tesoro” (JND).

En el Evangelio según Juan, los discípulos ya no tenían gozo porque les había dicho que se iba. Pero el Varón de dolores, que había llorado con ellos junto al sepulcro de Lázaro, les prometió enviarles el Consolador (Juan 16:7). Le volverán a ver, y se llenarán de ese gozo que nadie les podrá quitar (Juan 16:22).

5 - El gozo incluso en circunstancias dolorosas

Pero incluso un hijo de Dios puede tener la dolorosa experiencia descrita en el libro de los Salmos: «Anduvieron perdidos por el desierto, por la soledad sin camino, sin hallar ciudad en donde vivir. Hambrientos y sedientos, su alma desfallecía en ellos» (Sal. 107:4-5). En primer lugar, se describe la experiencia de los hijos de Israel, *que poco antes* habían entonado *el cántico de la liberación* de todos sus enemigos, para gloria de Aquel que había transformado «en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos» (Is. 51:10). Ahora experimentaban circunstancias *dolorosas y decepcionantes*, tan bien expuestas en aquellas aguas de Mara. También pueden ser las nuestras (Éx. 15:22-26). Si este es el caso, la persona redimida siente una necesidad imperiosa de volver a estar *lleno* del gozo, conocido en el pasado, y que de repente le falta.

¿Cuál es el *recurso inagotable* en tales circunstancias? «Entonces clamaron a Jehová en su angustia, y los libró de sus aflicciones. Los dirigió por camino derecho, para que viniesen a ciudad *habitabile*» (Sal. 107:6-7). Entonces pueden alabar «la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres. Porque sacia al alma menesterosa, y llena de bien al alma hambrienta» (Sal. 107:8-9). Él siempre tiene derecho a recibir nuestro agradecimiento, nosotros que sabemos hasta dónde llega su amor.

Aunque Pablo estaba cautivo en una prisión siniestra, era feliz. *Siempre se regocijaba en el Señor* y, los que entraban en contacto con él, podían verlo de inmediato

«Por poco me persuades a ser cristiano», dijo el rey Agripa. Pablo le dio este testimonio. Dijo: «*Quiera Dios que, por poco o por mucho, no solo tú, sino todos cuantos hoy me oyen, lleguen a ser tales como yo soy, salvo estas cadenas*» (Hec. 26:29).

6 - Para evitar la disminución del gozo

El apóstol dice en otro lugar: «He aprendido a estar contento en las circunstancias en las que me encuentro... Todo lo puedo en Aquel que me fortalece» (Fil. 4:11-13).

El gozo no sacia ni alimenta nuestra alma; *solo* el Señor es nuestro alimento (Juan 6:51). ¿Cómo podemos *conocerle mejor*? En la Palabra de Dios; ella habla constantemente de él.

No *descuidemos* la lectura (1 Tim. 4:13), como a veces hacemos. ¿Cómo podemos esperar que nuestros pensamientos se *mantengan* en Cristo Jesús (Fil. 4:8-9)? Si buscamos, en obediencia a la exhortación del Señor, a *escudriñar* las Escrituras, que dan testimonio de él (Juan 5:39), Satanás tratará de *desanimarnos* o *distraernos* por toda clase de medios. Debemos estar dispuestos en nuestro corazón a no dejarnos *seducir* por los manjares del rey (Dan. 12:8) y a dejarnos arrastrar por los efímeros *deleites* del pecado.

Pidamos constantemente la ayuda de lo Alto. El apóstol, que consideraba como *estírcol* tantas cosas buscadas por el mundo, escribe: «Una sola cosa hago» – ¡una sola cosa! (Fil. 3:7-8, 13).

El *pecado*, bajo todas sus formas, a veces engañosas, *en ocasiones* priva a nuestra alma de esta indispensable comunión con Cristo. El Espíritu Santo nos lo hace sentir (Sal. 32:4). *Debemos* entonces, como David arrepentido, *confesar* nuestras faltas (Sal. 32:5; Sal. 51:3). Comprender que Dios *quiere la verdad* en el hombre interior (Sal. 51:6) y rogarle que nos ayude a recuperar la *santidad* y el gozo de nuestra salvación (Sal. 51:8-12).

Someternos a la voluntad de Dios, *estar contentos con lo que tenemos* actualmente, nos permite *resistir* al Diablo, que entonces se ve *obligado* a huir (Sant. 4:7). Si, por el contrario, permitimos que las *codicias* se desarrollen en secreto, él está listo para presentar aquello de lo que nuestra carne querría alimentarse incansablemente.

También debemos recordar que: «La mano negligente *empobrece*; mas la mano de los diligentes *enriquece*». Para un hijo de Dios, se trata de *buscar* bienes celestiales, *mejores* y *permanentes* (Prov. 10:4; 1 Tim. 4:13-15; Hebr. 10:34). Jeremías da este testimonio: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón» (Jer. 15:16; Sal. 119:162).

Mientras estaban en la cárcel, Pablo y Silas, con las espaldas laceradas por el látigo de los carceleros y los pies firmemente retenidos en el madero, cantaban *alabanzas* a Dios y los presos los escuchaban (Hec. 16:22-24). ¿De dónde sacan tanta paz en el sufrimiento? Se alimentan constantemente de Cristo. Cuando nos enfrentamos a circunstancias *difíciles*, si *nuestra paz* y *nuestro gozo* no cambian, serán un poderoso testimonio para los que nos rodean. Dios respondió al testimonio *fiel* de sus siervos, Pablo y Silas, *liberándolos* de sus cadenas. Libres, pero guiados por el Señor, *permanecen allí*. El carcelero, ahora tembloroso, estaba dispuesto a quitarse la vida, pensando que los prisioneros se habían escapado. Tranquilizado sobre este punto, gritó: «¿Qué debo hacer para ser salvo?». La respuesta, maravillosamente sencilla,

es para *toda alma* angustiada: «Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y tu casa» (Hec. 16:30-31). Toda la familia de este hombre se llenó de gozo.

7 - El gozo comunicado

Si el Señor pone «alegría en mi corazón» (Sal. 4:7), los que le rodean pronto querrán compartirlo. «¿A dónde se apartó tu amado, y *lo buscaremos contigo?*» (Cant. 6:1). Estas son las palabras de las hijas de Jerusalén, después de oír a la sulamita describir la belleza de su amado con los acentos de su ferviente amor. ¡Un testimonio sincero siempre dará fruto! Es un privilegio para todo cristiano conocer, pero también *compartir* su gozo. No guardemos para nosotros este tesoro: «En tu presencia hay plenitud de *gozo*» (Sal. 16:11). ¡No importa la edad espiritual que tengamos!

Pedro, escribiendo a los que habían sido *dispersados* por las *persecuciones*, les dijo: «Jesucristo, a quien amáis, aunque no le habéis visto; en quien aun sin verle, creéis, y os alegráis con gozo inefable y glorioso» (1 Pe. 1:8; Rom. 15:13).

Incluso en los días de prueba (Sant. 1:2-3), nunca debemos olvidar que *el gozo de Jehová es nuestra fuerza* (Neh. 8:10). El remanente, de vuelta a Jerusalén, estaba *despreciado y perseguido* por sus enemigos, pero en el momento de la dedicación del muro, «Dios los había recreado con grande contentamiento; se alegraron también las mujeres y los niños; y el alborozo de Jerusalén fue oído desde lejos» (Neh. 12:43).

*¿Cómo podré yo, Dios mío, Dios de mi liberación
Llenar el cielo y la tierra con tu alabanza
Tomarlos por testigos de mi gratitud
Y decir al mundo cuán feliz soy.*

Himnos y Cánticos, n° 90, 1, en francés